Elogio a la fantasía

Desde que Odiseo castigó a Polifemo cegándole su único ojo y provocando la ira de Poseidón, todo ha sido posible en la literatura: la lucha de don Quijote contra los molinos de viento, la increíble transformación de Gregorio Samsa en un repulsivo insecto o la existencia eterna de Ti Noel tras cansarse de licantropías azarosas.

Por eso en el día de hoy elogiamos la fantasía de un escritor, que nos cabe el orgullo de nombrar nuestro coterráneo: Luis Cabrera Delgado, creador de un mundo imaginario, novedoso, hondo y cotidiano; capaz de calar profundamente en lectores de diferentes edades y latitudes.

Estas palabras de elogio no van dirigidas al hombre, al psicólogo, al profesor, al promotor cultural, al dramaturgo y director teatral, al editor, al guionista de radio, al poeta, al teórico y crítico literario, al ser humano que es Luis Cabrera y que todos conocemos, van dirigidas a su obra; porque como él mismo dijera, recientemente, cuando fue homenajeado durante el IV Encuentro Hispanoamericano de Escritores, y cito: “*Yo me voy, mi obra queda, lean mis libros*”.

Cientos de personajes han brotado de la imaginación de Luis Cabrera con la espontaneidad que caracteriza a los grandes escritores. Personajes disímiles que han poblado las páginas de más de 40 libros durante 35 años, algunos de los cuales, por su celebridad no podemos dejar de mencionar: Antonio, el pequeño mambí, la tía Julita, Pedrín, las cuatro arpías de Sótano de Miranda, Catalina la maga, Ito, Maritrini, la niña que quiere ser escritora; Comino el pícaro o el rey Gelán Vigésimo Sexto, protagonistas los unos, personajes episódicos los otros; pero todos con un cuidadoso diseño.

Estos personajes encarnan al villano y al héroe, defectos y virtudes humanas, fracasos y triunfos, distanciamiento y unidad, pérdida y encuentro. Se instalan en una realidad circundante, habitual a veces alegórica; aunque siempre reconocible. Personajes clásicos, bíblicos, históricos, actores, reales algunos, de ficción otros. Podemos verlos en vecinos, parientes o amigos, en nuestra propia familia. Portan la densidad y la ejemplaridad suficientes para que podamos sentir: la envidia, los celos, el fanatismo, la intolerancia, el engaño y el miedo que proyectan; pero también la alegría, la aventura, la esperanza, el valor, la responsabilidad, el sacrificio y el amor.

En la concepción de estos personajes su creador elude el maniqueísmo (yo no sé muy bien lo que esta palabra significa-diría Maritrini-pero se la escuché a Elena, mi profesora de Literatura Cubana, y creo que viene bien para lo que quiero expresar). Generalmente con una peripecia inesperada los obliga a una transformación que nos sorprende o nos divierte.

Y en eso radica uno de los méritos fundamentales de la obra de Luis: el humor, que parte de los propios sucesos, de los diálogos de sus personajes, de sus expresiones dicharacheras, de la ironía, y cito a Maritrini, la escritora de recetas de cocina: “*Cuando vayas a realizar el puré de esta receta puedes comprar de las papas más baratas que haya en la feria, pues los comensales nunca las van a ver enteras, y así te ahorras algún dinero. Estas las debes lavar varias veces, pues las caras las venden limpias y brillosas, pero las de menor costo generalmente vienen sucias y medio podridas”*

En el lenguaje se advierte, como apreciamos en el ejemplo anterior, la frescura de la comunicación. La agilidad de sus diálogos, la precisión en las descripciones en función de aportar a la trama, una estructura narrativa simple que comprime el relato y lo lleva hacia un final feliz y aleccionador, sin didactismos, ni discursos sociológicos vulgarizantes.

Con toda intención evité el encasillamiento de la obra de Luis Cabrera dentro de la denominada literatura infantil y juvenil, por dos razones fundamentales: una, el propio autor ha declarado que nunca su obra (salvo excepciones) ha tenido, intencionalmente, como destinatario al público más joven. Dos, porque a juicio nuestro esa clasificación la destierra del “Olimpo” en el que se sitúan las obras destinadas al público adulto, y todas ellas se inscriben dentro de nuestra Literatura, ya sea cubana o de habla hispana.

Un elemento más a tener en cuenta, se relaciona con los tópicos abordados por el autor que hoy homenajeamos. Estos, aunque sean presentados desde la perspectiva del adolescente, son profundos y para nada circunscritos al gueto de la infancia, todo lo contrario: padres, abuelos, maestros, dirigentes comunitarios encuentran en los libros de Luis, cuestionamientos y respuestas útiles para las relaciones humanas; por lo que este autor se convierte en un heredero de la mejor tradición martiana ética y estética.

El otro tema polémico se encuentra, en la cada vez más alejada, alusión a los escritores que viven fuera de la capital como autores de provincia. Cabrera Delgado ha demostrado y demuestra cada día que es de Jarahueca, de Villa Clara, de Cuba, de Latinoamérica y del mundo. Sus libros, artículos y ensayos literarios se han paseado por las ciudades de Dinamarca, EE UU, Canadá, México, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Ecuador. Ha sido, y ahora sí voy a elogiar al creador, condecorado, premiado, solicitado como jurado en diversos eventos internacionales, es miembro fundador de la Academia Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil y con su obra y su experiencia pedagógica ha contribuido a desarrollar en nuestro continente la literatura para niños y jóvenes.

Sin embargo, nada más ajeno al carácter de nuestro escritor que el envanecimiento, la altanería, la autosuficiencia, eso lo prueban el respeto y el cariño que le profesan tanto el gremio de escritores, como sus amigos y su comunidad, de la cual esta casa de altos estudios forma parte. También lo prueba su obra: local y a la vez universal porque como decía don Miguel de Unamuno: *“Hemos de hallar lo universal en las entrañas de lo local y en lo limitado y circunscrito, lo eterno*.

¡Gracias, Luis, por existir!

¡Gracias, por regalarnos tu obra!